

Un mito en torno al batllismo

Martín Peixoto

Prestigiosos analistas han reiterado recientemente la atribución a don Batlle y Ordóñez de una labor fundacional de la democracia uruguaya. Su colegialismo expresaría convicciones tan firmes de ese carácter, que lo habría conducido, con plena conciencia, por caminos de renuncia parcial al poder, en desmedro de sus compromisos de reforma económica y social. Marchó, se piensa, al campo del sufragio sabiendo que eran allí más fuertes las resistencias a sus iniciativas esclarecidas, modernas, solidarias. Lo hizo para fundar en la experiencia democrática la comunidad nacional del país en formación.

La convicción democrática de Batlle y Ordóñez es uno de los grandes mitos de los hagiógrafos batllistas esmerados desde siempre en presentarlo como el fundador de la democracia uruguaya. En un sentido estricto esto es falso, puesto que si algo caracterizó a Batlle en materia política fue precisamente su renuencia a democratizar la vida política en contraste con su capacidad de innovación en materia de legislación social y económica. Batlle se sentía parte de la tradición del Partido Colorado (no se cansaba de repetirlo), para la cual no había mal mayor que un gobierno del Partido Blanco. La reforma constitucional que Batlle propugna desde su gobierno tenía el propósito declarado -entre otros, es justo reconocerlo- de perpetuar al Partido Colorado en el poder. A despecho de los historiadores batllistas, la derrota electoral de Batlle en el año 1916 -las primeras elecciones libres en la historia del país- no significó el mero rechazo de un modelo de organización del poder ejecutivo, mal comprendido por una sociedad inmadura incapaz de reconocer lo que le conviene, sino el triunfo de la democracia política tal como la exigía la oposición entera, con sufragio universal y secreto y representación proporcional integral.

En un sentido amplio, en cambio, puede admitirse que los gobiernos de Batlle ayudaron a crear las condiciones que posibilitaron la democracia, pero desde el momento en que la democracia no puede concebirse como la creación de un individuo o un partido esta afirmación carece de relevancia. Es absurda la pretensión -que muchos comparten- de que un partido o un individuo puedan ejercer tutoría sobre una sociedad hasta que ésta alcance la mayoría de edad. Si la democracia política no existe en todos lados, ni siempre es posible, se debe precisamente a que exige una confianza de parte de todos los actores en que serán respetadas las reglas de juego por las cuales los miembros de una comunidad podrán influir de alguna manera en las decisiones atinentes a su propio destino. Y esta confianza no puede fundarse en la aspiración de unos pocos a educar a los que pretenden que sean sus interlocutores válidos. Este contrasentido era el que expresaba Herodoto cuando decía que el tirano no es libre porque se retacea a sí mismo la sociedad de sus iguales.

Pero además se incurre a menudo en otro error, que consiste en creer que las libertades democráticas que Batlle se vio obligado a conceder representaron un freno para el impulso reformista. Esta idea está cargada de la voluntad demiúrgica, para usar una expresión de Aron, que supone que la democracia constituye, al menos en ocasiones, un obstáculo para la mejor implementación de un programa de reformas. Quienes así piensan ignoran lo que enseñan los últimos 70 años de historia en Occidente: todo programa de reformas que responda a un modelo de diseño perfecto es incapaz de hacerse cargo de la multiplicidad de los actores y de la variedad de las expectativas y, por más compulsión que ejerza, está condenado, tarde o temprano, a

la impotencia pues se invalida para conseguir suficientes sustentadores duraderos. Desde la Antigüedad se sabe que el poder, ya sea institucional o personal, nunca se debe a sí mismo sino a aquellos que lo apoyan y que, por tanto, el único poder efectivo es el poder reconocido. Poco importa el grado de consenso inicial u ocasional que obtengan los propulsores de un modelo de este tipo si no existen instituciones que permitan verificar periódicamente si subsiste el apoyo, y si no existe un espacio que admita que otros intereses y otras opiniones se constituyan y sean capaces de abrirse paso exitosamente.

El político es el único ámbito que permite la configuración de expectativas múltiples y aquel donde las señales recíprocas pueden ser captadas. En una comunidad política eficaz los actores se hacen cargo de sí mismos, pero también de los demás. No en un sentido filantrópico, como pretendía el batllismo, sino en que el conocimiento de los otros le concede a cada actor un mejor conocimiento de sí mismo y una reformulación más adecuada de sus aspiraciones. Cuando este ámbito no existe -pues no hay garantías efectivas de tipo institucional, tales como la libertad de reunión y de expresión-, y la oposición no tiene ninguna posibilidad de articularse, ésta se expresa cuando menos por medio de la apatía y la corrupción (y de otros modos no menos significativos, como el Rock, los Jeans y la Coca-Cola), que en estos casos actúan como indicadores del choque entre las estructuras de preferencias implícitas en el diseño y la estructura de preferencias reales: éstas equivalen a la aparición distorsionada de tipos de preferencia distintas a las que permite el modelo. La corrupción y la apatía son a las sociedades donde no hay ninguna instancia de apelación lo que el hereje a la Inquisición, resumen aspectos de una misma realidad. Este es el tema que actualizó Gorbachov.

En suma, más apropiado sería pensar que si Batlle no hubiese concedido las libertades que se le exigían le hubiese sobrevivido poco o nada de su capacidad innovadora. Pero aún en el caso hipotético en que, ante una oposición débil, el batllismo hubiera podido implementar el conjunto de su programa, habría obtenido quizás algún que otro éxito económico, pero probablemente tendríamos hoy que soportar una especie de PRI mexicano que con sus inmensos tentáculos tritura todo esfuerzo por crear un espacio público genuinamente pluralista.